Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VII – Paladín de doncellas

21 – Ibrahim se apunta un tanto

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

21 – Ibrahim se apunta un tanto

"Hemos dejado a Shîha, en el capítulo anterior, dentro del Convento de las Fuentes, intentando convencer a los ismailíes de que le acepten como jefe, pero sin resultado alguno. Luego, procura negociar con Ibrahim, pero al no conseguir su propósito; llega finalmente a un acuerdo con los otros capitanes ismailíes, que aceptan, aunque, al final, las cosas se complican…"

Y prosiguió el narrador…

Cuando Yauán, Bartacûsh, Fort-Macul y los cinco visires, ya en el convento, estaban a punto de partir en busca del monje fantasma, un suave perfume les invadió, y uno tras otro cayeron al suelo perdiendo el conocimiento, afectados por los vapores del benj que emanaba de un pebetero hábilmente disimulado. Shîha salió entonces de su escondite, degolló a los cinco visires y ató bien atado a Yauán, a Fort-Macul, a Bartacûsh y a Mu'ayyaq. Hecho esto, se fue a las celdas en que estaban encerrados los emires kurdos y los liberó.

- Regresad junto al rey y avisadle de que se prepare y esté atento –les recomendó–; porque esta noche Antioquía será tomada.

- Escucha, ¡tenemos una gran deuda contigo! –le dijeron los kurdos– Pero, dinos, ¿quién eres tú?

- Shîha Yamâl el-Dîn.

Después de que los emires kurdos le expresaran su agradecimiento, Shîha les confió el caballo del sultán y les condujo a la salida del convento; luego, volvió a donde tenía encerrados a los *fidauis*.

- Hijos de Isma'il, mirad adonde hemos llegado –les dijo–: Yo acabo de apresar a Mu'ayyaq, a Yauán, a Bartacûsh y a Fort-Macul, el rey de Antioquía, y he mandado aviso al sultán de que esta misma noche encontrará abiertas las puertas de la ciudad. Y vosotros, mientras tanto, seguiréis aquí, deprimidos en esta celda, por culpa de vuestra cabezonería.

- Escucha, Yamâl El-Dîn –suplicó Sulaymân el Búfalo–: no nos prives de la recompensa que espera a los que combaten por la Fe, y si nos dejas luchar, nosotros te

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

prometemos reconocerte como nuestro jefe en cuanto nos enrolemos bajo los estandartes del sultán[1].

- ¡Trato hecho! –aceptó Shîha.

Antes de liberarles, les hizo prestar juramento de que no intentarían perjudicarle o traicionarle, y luego, les quitó las ataduras, les devolvió sus armas, y les condujo hasta la entrada del pasadizo secreto que llevaba hasta Antioquía.

- Cuando estéis dentro de la ciudad, id directamente a la puerta de San Pablo, abridla y lanzad vuestros gritos de guerra –les aconsejó Shîha–; el sultán acudirá entonces con todas sus tropas.

- ¡Dalo por hecho! –respondieron los *fidauis* introduciéndose en el pasadizo.

Una vez solo, Shîha se fue adonde Ibrahim, que seguía en su celda, y comenzó a regañarle, esperando así remover sus mejores sentimientos.

Y el narrador prosiguió su historia…

Mientras tanto, los ochenta *fidauis* habían llegado ya al interior de la ciudad, y, apenas salieron del túnel subterráneo, se precipitaron hacia la puerta de San Pablo. A la cabeza iba el capitán Sulaymân el Búfalo, que a voz en grito proclamaba:

- ¡*Allah akbar*! ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles!

Tras él, avanzaba el capitán Fajr El-Dîn Yisr, seguido de los otros. Todos juntos, se lanzaron a por el puesto de guardia; masacraron a los centinelas, y abrieron la puerta de San Pablo. En el acto, el ejército de Egipto penetró en la ciudad; Sulaymân el Búfalo mantuvo las puertas abiertas hasta que hubo entrado el sultán. A partir de ese momento, un feroz combate se desarrolló en las calles; un combate que duró hasta el amanecer, e incluso continuó al día siguiente[2], hasta que los francos fueron totalmente derrotados, excepto algunos afortunados que consiguieron escapar. Entonces, el rey tomó posesión solemnemente de la ciudad y ordenó arrasar el palacio de Fort-Macul.

Y el narrador prosiguió así…

Pero volvamos a Shîha, al que habíamos dejado amonestando a Ibrahim:

- ¿Qué vas a sacar de bueno de toda esa tozudez? Sabes bien que la guerra es una fuente de ingresos para los musulmanes; así que ¿por qué privarte de tu parte del botín?

- ¡Dios hará justicia entre nosotros! –replicó tercamente Ibrahim– Tú eres el único culpable de impedirme obtener la recompensa prometida a los que luchan por la Fe.

---

[1] Esta promesa no compromete a gran cosa a los isma'ilíes; por eso, precisamente, y para que no se les imponga a Shîha como jefe, se abstienen de dar su juramento solemne de fidelidad al rey.

[2] En este pasaje hemos aligerado el texto, que evoca largamente la batalla, conforme a los tópicos que ya conocemos, y dado que a continuación viene un pasaje parecido, nos ha parecido aquí inútil alargar el ritmo del relato.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Escucha, te voy a proponer un buen trato: tú me reconoces como jefe, y yo te dejo el tesoro de este convento.

Ante esas palabras, los ojos de Ibrahim se iluminaron de codicia.

- ¡Escucha, tú sabes de sobra que yo siempre he estado de tu parte, ¡ojalá Dios te conceda larga vida! –replicó Ibrahim con una gran sonrisa–. ¡En cuanto entre al servicio del sultán, yo seré el primero en reconocerte como jefe[1]!

Entonces, Shîha le liberó, y al salir de su celda, Ibrahim vio a los cuatro prisioneros, junto a los cadáveres de los visires.

- ¡Vaya, compadre! –exclamó Ibrahim admirado– ¡Sólo un tipo tan astuto como tú podría haber dado un golpe así!

Acercándose a los cautivos, los despertó con el antídoto del *benj*, y comenzó a lanzarle puyas a Mu'ayyaq:

- Así que, dime, armenio cabrón, ¿cómo creías que podrías salir indemne cargándote a la cabeza de los musulmanes? ¡Bien se ve que tú no conocías a Shîha!

- ¡Que nuestro señor el Cristo te confunda, esmirriado! –le apostrofó Yauán al volver en sí–. En cuanto Mu'ayyaq me paso tu carta, en seguida tuve como un presentimiento…

En esas estaban, cuando se abrió la puerta de golpe e irrumpió un patricio en el convento: era un enorme y fornido hércules, que parecía escapado del pueblo de Ad[2]. Detrás de él, como una nube de tormenta, avanzaba una columna de diez mil caballeros francos, que parecían demonios vomitados del infierno.

Y el narrador continuó de este modo…

Era un ejército de apoyo, enviado por el *babb* Francis*, rey de Sîs[3]. Pues, en efecto, éste era un antiguo compañero y pariente cercano de Fort-Macul; al enterarse de que los musulmanes marchaban sobre Antioquía, había organizado rápidamente una tropa de apoyo de diez mil caballeros, al mando de su guardia de corps personal, el capitán Sájer el Armenio, que, a su vez, era primo de Mu'ayyaq. Y aunque Sájer actuó con diligencia, llegó demasiado tarde: Antioquía ya había caído en manos de los musulmanes, y tras una encarnizada batalla, del ejército franco no quedaron más que pequeños grupos de hombres que huían dispersos por la llanura y por los pantanos.

El recién llegado, ante esta situación, se desvió hacia el Convento de las Fuentes, con la esperanza de que los monjes pudieran darle algunos detalles sobre este asunto e informarles de si Fort-Macul aún estaba vivo. Y la mala fortuna había querido que

[1] Esta respuesta es incoherente, porque, a diferencia de los otros isma'ilíes, Ibrahim ya forma parte del ejército del rey el-Zâher Baïbars.

[2] Pueblo de gigantes que, según una leyenda, recogida en El Corán (XI, 50-60), vivió en Arabia; fueron destruidos por la cólera divina, por haber rechazado obedecer al profeta *Hûd*. Se les ha equiparado a los *Nefilím* de la Biblia (Génesis, 6 : 4).

[3] Sîs, en el sudeste de la actual Turquía fue, en época de las Cruzadas la capital del reino armenio aliado a los Cruzados.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cuando Shîha liberó a los emires kurdos, estos, estaban tan contentos de haber conseguido de nuevo la libertad, que se olvidaron totalmente de cerrar tras ellos la puerta del edificio; lo que explica la inopinada irrupción de Sájer, que pilló totalmente desprevenidos a Shîha y a Ibrahim.

- ¡A mí, primo! –gritó Mu'ayyaq en cuanto les vio aparecer–. ¡Líbranos del Shuïa de los musulmanes y del hijo del Korani!

Al oír esto, Sájer desenvainó su sable y avanzó hacia los dos musulmanes.

- Amigo mío, te voy a hacer una proposición –le detuvo Ibrahim con estas palabras–: Tú me dejas libre el paso y, a cambio, yo me abstengo de liquidar a tu banda de miserables… del resto, haz como gustes.

- ¿Quieres decir que, si yo te dejo en paz, tú nos dejas a Shîha? –insistió Sájer, incrédulo.

- Mira, ahí lo tienes, delante de ti, y los prisioneros también –asintió Ibrahim.

Sájer inmediatamente dio órdenes a sus hombres de que le abrieran paso, y el valiente *fidaui* caminó entre dos filas de guerreros francos; *shâkriyyeh* en mano y avanzando con feroz talante.

- ¡Eh, oye, Ibrahim, no me digas que me vas a dejar en manos de enemigos de la religión! –protestó el pobre Shîha, que ya no dominaba la situación.

- ¡Cuando se quieren calzar las botas del capitán Maarûf, se ha de saber valerse por uno mismo! –le replicó Ibrahim con una carcajada sardónica.

Y se marchó Ibrahim, sin un rasguño, en dirección a Antioquía; apenas si había vuelto la espalda, cuando el infame Sájer se abalanzó sobre Shîha y le amarró con fuerza, antes de liberar a los cuatro cautivos.

- ¡Por mi religión, *ghandar*, acabas de rendirme un señalado servicio y por ello te quedaré reconocido mientras vivas! –le dijo Yauán– Pero, dime, tú ¿quién eres y cómo es que has llegado aquí justo en el momento oportuno?

El otro le explicó rápidamente lo que ya sabemos; luego, se fueron del convento. Fort-Macul echó una ojeada sobre Antioquía y, al fijarse en los estandartes del Islam que ondeaban por encima de las murallas, comprendió que la ciudad había sido tomada, y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

- Vamos, no llores, oh poderoso rey –le reconfortó Sájer–. Venid todos con nosotros y entremos en Sîs: el *babb* Francis, mi señor, seguro que en breve reconquistará Antioquía y vengará así la afrenta que te han infligido.

- Por el honor de mi religión. Mis antepasados dejaron dicho que el rey de Sîs nacería bajo una buena estrella, y que todo lo que emprendiera, lo conseguiría –comentó Yauán–. Desde luego que sería una buena idea ir a reunirnos con él. Pero, mientras tanto, comenzad por cortarle la cabeza a este demonio de Shîha; del resto, no hay por qué preocuparse…

- No, *abbone*, dejémosle vivo –sugirió Sájer–. Hace mucho tiempo que mi señor ha oído hablar de él y desea conocerle en persona; ¿por qué privarle de ese placer? Nosotros le mataremos en Sîs, en presencia del rey, y ya está.

- Sea –asintió Yauán–; pero, vigiladlo bien y abrid bien los ojos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Así que se pusieron en marcha, llevando tras ellos al cautivo, cargado de cadenas; durante todo el viaje, no dejaban de atormentarle, prometiéndole mil muertes. Shîha hacía esfuerzos para soportar con valor esta prueba, y repetía sin cesar: "Me someto a Dios, y reclamo Su juicio contra Ibrahim."

Cuando estaban a dos jornadas de marcha de Sîs, Sájer el armenio decidió adelantarse con su ejército, para informar a su señor de los infortunios de Fort Macul y de su próxima llegada, con objeto de que el *babb* Francis y los grandes del reino salieran al encuentro de sus invitados, tal y como lo requería el protocolo. Mientras tanto, Mu'ayyaq, Yauán, Bartacûsh y Fort-Macul, se quedaron rezagados, junto con Shîha y los diez patricios que Sájer había puesto a su disposición.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "Paladín de doncellas":

VII.22 - "Shîha desencadenado"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6